

Monseñor Romero y la verdad*

Jon Sobrino**

Introducción

A monseñor Romero lo llamamos “pastor, profeta y mártir”, y don Pedro Casaldáliga, a los pocos días de su asesinato, lo cantó como “santo”, “San Romero de América”. Son palabras certeras e insustituibles que lo definen con gran precisión¹. En esta ponencia, sin embargo, me voy a concentrar en el monseñor Romero “decidor de verdad”. Está relacionado con el monseñor “profeta”, pero tiene un significado más amplio. Y he elegido este aspecto de su persona para desarrollar el tema que me han pedido desarrollar: “Monseñor Romero y la verdad”.

La finalidad de la ponencia es ayudar a que, en el país y en la Iglesia –Monseñor fue salvadoreño y hombre de Iglesia–, “decir” la verdad sea cosa “real”, y ayudar a cómo decirla “bien”. Y también quisiera ayudar a que la digamos en la UCA. Estamos en el auditorio Ignacio Ellacuría, tantas veces lugar de verdad universitaria, cristiana, compasiva y arriesgada.

Voy a organizar la ponencia alrededor de lo que, hace muchos años, oí decir a un campesino: “Monseñor Romero dijo la verdad. Nos defendió a nosotros de pobres. Y por eso lo mataron”. El campesino comenzó por lo que en un primer momento más le debió sorprender de monseñor: “dijo la verdad”. Sin atisbos sistemáticos, continuó formulando magistralmente lo que hizo monseñor durante

* El presente texto es una reelaboración de la ponencia *Monseñor Romero y la verdad*, tenida en la UCA el 18 de marzo en el contexto del Festival de la Verdad.

** Director del Centro Monseñor Romero, UCA.

1. Esto lo doy por sentado, y así lo escribí en *Monseñor Romero*, San Salvador: UCA Editores, 2008.

su arzobispado: “defender al pobre”. Y con la misma clarividencia concluyó: “por eso lo mataron”. Según esto, dividiremos la ponencia en tres partes. Me alargaré en la primera, y a lo largo del texto ofreceré breves reflexiones para nuestros días.

Para monseñor Romero en el origen de todo estaba *su fe en el Dios de Jesús*, que se fue desplegando cada vez con mayor profundidad en sus tres años de ministerio arzobispal, de 1977 a 1980. E igualmente, *la realidad del pueblo salvadoreño*, la que, aunque en cosas fundamentales ya le fuese conocida, irrumpió de manera explosiva e inocultable desde el inicio de dicho ministerio. En medio de esa irrupción, el arzobispo Óscar Romero se topó con la *pobreza* del pueblo, producto de la injusticia, y con la cruel *represión* en su contra, que desembocaría en guerra. Y también se topó con su *esperanza* de liberación, la *entrega* de muchos y la generosa *realidad martirial*. Con libertad y agradecimiento, dejó que todo ello lo configurase y lo empapase por entero. “Dios y pueblo”, si se me permite lenguaje teológico, “sin separación y sin confusión”, se apoderaron de monseñor. Sin tenerlo en cuenta, pienso que no se entiende mucho de monseñor.

Las palabras del campesino también apuntan a lo que, según entiendo, dio origen al Festival de la Verdad en el que se enmarca esta ponencia, y sobre ello quisiera decir una palabra. Es evidente que, ante víctimas reales, el festival no puede ser “festejo”. Ciertamente, puede convocar, sobre todo a la juventud, y puede ayudar a unirnos apretadamente en sentimientos nobles. Pero ante todo, debe estar transido de compromiso –más algo de la necesaria conversión– y de agradecimiento a los mártires y víctimas. Cuando el festival es “de la verdad”, el canto no se puede reducir a “concierto para el deleite”, sino que debiera

ser más bien “ritmo para marchar” empujando una causa. Para los humanos, el caminar es esencial, como dice el profeta Miqueas 6, 8. Y para marchar *humanamente*, don Pedro Casaldáliga nos avisa: “haz del canto de tu pueblo el ritmo de tu marchar”². Ese canto del pueblo es lo que, en definitiva, debe resonar en la música y la letra del festival que celebramos estos días, elegidos, además, por ser días del aniversario del martirio de monseñor.

Una última reflexión antes de empezar. No sé qué diría hoy en concreto monseñor Romero en nuestro país y en nuestra Iglesia, pero pienso que sigue siendo muy útil recordar los “principios” que, hace treinta años, principiaron y configuraron su “decir verdad” para que configuren nuestro decir verdad, sin ingenuidad ni mimetismo. Y es necesario, pues no veo que hayan surgido otros principios que superen a los de monseñor –ni siquiera que se le acerquen– en eficacia para que triunfe una verdad que humaniza al país y cristianiza a la Iglesia. Por ello, aunque seguramente mucho de lo que voy a decir es conocido, pienso que recordarlo y actualizarlo puede ser importante.

1. Monseñor Romero “decidor de la verdad”

Así comenzó el campesino. Y en ello vamos a insistir, tanto para conocer a monseñor Romero como para ayudar a superar el lastimoso estado en que con frecuencia se encuentra la verdad en nuestro país. En los medios, hay silencios, encubrimiento, tergiversación, trivialización³. En los discursos del ámbito de la política y la economía, hay falsedades, ideologización a favor propio. Y también en el discurso religioso y eclesial prolifera el integrismo, los silencios, devociones dulcificantes, infantilizantes. Algo hemos mejorado en “libertad de expresión”, pero no mucho en “voluntad de verdad”.

2. “Camino que uno es” en *Cantares de la entera libertad*, Managua, 1984, p. 47.

3. La trivialización crece a ritmo vertiginoso, fomentada por la megaindustria de la diversión: deporte de élite, todo tipo de espectáculos, y todo lo que los rodea. Además de su potencial alienante, priva de espacio y tiempo a noticias de realidades mucho más importantes, genera una escala de valores de lo que debe ser tenido o no en cuenta y, por su naturaleza, produce aire de inanidad que contamina lo que respira el espíritu.

1.1. Características del “decir verdad” de Monseñor

Como “decidor de la verdad”, monseñor Romero emitió juicios humanos y cristianos sobre la realidad, sobre toda ella, no solo la relacionada con la situación de los derechos humanos. Pero antes, dejó que la realidad hablara, y lo hizo de forma muy especial. Veámoslo.

a) *Monseñor Romero dijo la verdad “pública”, “vigorosa”, “insistente” y “repetidamente”*. La dijo en sus homilías⁴ de catedral y a través de la YSAX⁵, con lo que la verdad llegaba a miles de hogares –cuentan que aun a los cuarteles⁶–. Dijo la verdad, pues, “públicamente” –“desde los tejados”, como pedía Jesús–, porque el suyo era un mensaje de *salvación* para la polis, el país, no solo para las personas individuales, aunque esto siempre lo tenía en cuenta. E igualmente, porque la abominación que denunciaba –y la que veía venir– tenía sometido al país. La dijo “vigorosamente”, en correspondencia a lo crueldad del asesinato y la mentira, y a la hondura de la entrega martirial. La dijo “largamente” para no mutilar la magnitud de la aberración, y el heroísmo de los pobres. Y “repetidamente”, pues la mentira y el encubrimiento aparecían a diario en la prensa escrita y hablada, con sus campos pagados de oligarcas opresores y represores. Por todo ello, dado lo que estaba en juego, preparaba con gran diligencia sus homilías y escritos.

El decir verdad de esta forma convirtió a monseñor Romero en figura “pública”,

referente obligado para el país, y muy pronto fuera de él, con un gran potencial para configurar la realidad salvadoreña –y para convertirse en blanco preferido de los poderosos–. Por su cargo de arzobispo ya era “personaje público”, pero, sin decir lo que dijo y cómo lo dijo, lo hubiese sido en medida discreta y sin influjo social importante.

Bueno será que hoy las Iglesias y las instituciones que tienen como instrumental fundamental la palabra recuperen el “decir verdad” público, insistente y vigoroso de monseñor.

b) *Monseñor Romero dijo la verdad “popularmente”, y en un sentido muy preciso*. En catedral hablaba ante el pueblo, cuya presencia era mayoritaria. Pero más allá del dato cuantitativo dominical, el destinatario primario de su palabra fue el pueblo. A monseñor le interesó “el país”, “la patria”, “la democracia”, y obviamente “la Iglesia”, pero lo que inspiró su palabra de verdad y le otorgó una dirección precisa fue ante todo la realidad del “pueblo”, sufriente y esperanzado⁷.

La palabra de monseñor fue “popular”, digamos *intrínsecamente*, porque en sus visitas a las zonas marginadas, pueblos y cantones, el pueblo entró en su corazón y en su mente. Así lo reconoció el mismo monseñor. Lo llamó su *maestro*: “el obispo siempre tiene mucho que aprender de su pueblo” (9 de septiembre, 1979) y su *profeta*: “siento que el pueblo es mi profeta” (8 de julio, 1979). Sin saberlo, los pobres y los campesinos eran coautores de sus homilías: “Entre ustedes y yo hacemos esta homilía” (16 de septiembre, 1979).

4. La edición crítica ha sido publicada por la UCA. *Homilías. Monseñor Óscar A. Romero*, I-VI, San Salvador: UCA Editores, 2005-2009. La primera homilía es del 14 de marzo de 1977 en la misa exequial del P. Rutlio Grande. Y la última, del 24 de marzo de 1980, en la eucaristía en que él mismo fue asesinado. Incluyendo índices y breves introducciones, suman un total de 3198 páginas.
5. De ahí su indignación cuando interferían y dinamitaban la emisora, y su diligencia en repararla. No lo veía principalmente como un ataque a la Iglesia, sino como un ataque al pueblo que anhelaba escuchar la verdad.
6. Se decía que se podía atravesar la ciudad en carro sin perder una palabra de sus homilías, retransmitidas por la YSAX, pues resonaban por todas partes.
7. Ellacuría dijo en forma programática que, junto a Dios, pilar transcendente, el pueblo era “un pilar histórico” en que se apoyaba monseñor. Y le “atribuía una capacidad inagotable de encontrar salidas a las dificultades más graves”. En “La UCA ante el doctorado concedido a monseñor Romero”, *ECA* 437 (1985), 174.

Un ejemplo importante. En 1979, antes de escribir su cuarta Carta Pastoral “Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país”⁸, tema candente y delicado, envió un cuestionario a las comunidades pidiéndoles su opinión sobre el país y la Iglesia, y sobre contenidos importantes de la fe cristiana: “cuál es el mayor pecado del país”, “quién es para usted Jesucristo”, “qué piensa usted de la conferencia episcopal, del señor nuncio, de su arzobispo”... Y tomó en serio las respuestas. En la homilía de aquellos días dijo: “Ustedes y yo hemos escrito la cuarta carta pastoral” (6 de agosto, 1979).

Esto no supuso ignorar a otros ciudadanos ni ignorar las limitaciones y pecados del pueblo, los pobres y las organizaciones populares, aunque a estas las defendió con total convicción –lo que ahora solo dejamos constado⁹–. Pero era evidente su identificación con el pueblo, sus alegrías y sus sufrimientos. En lo personal, me impactó mucho el gran dolor con que hablaba “[d]el trágico espectáculo que se está ofreciendo en el país entre organizaciones fundamentalmente integradas por campesinos y campesinas que luchan entre sí y que últimamente están en pugna violenta”¹⁰. Y prosigue con honda tristeza: “A nuestra gente del campo la está desuniendo, precisamente, aquello que la une más profundamente: la misma pobreza, la misma necesidad de sobrevivir, de poder dar algo a sus hijos, de poder llevar pan, educación, salud a sus hogares”¹¹.

Es importante recordar este sentido de “lo popular” que tenía monseñor, pues se suele olvidar con facilidad. Para decir la verdad, hay que volver al pueblo, tener en cuenta lo que sienten y piensan los pobres. Y quisiera expresar un deseo: que la jerarquía de la Iglesia volviese a la tradición de las cartas pastorales de monseñor, cartas extensas, pensadas, abordando los problemas más acuciantes del pueblo, escritas con asesoramiento de personas calificadas y expertas en lo que afecta al pueblo, difundidas y explicadas en homilías. Y preguntando antes la opinión del pueblo.

c) *Monseñor Romero respetó y apreció la “razón” del pueblo.* En sus homilías, monseñor pronunció frases llenas de unción, lapidarias e impresionantes, que se entienden por sí mismas sin necesidad de aducir argumentos¹², como es bien recordado. Pero queremos insistir en algo que nos parece importante y de lo que no se habla mucho. Monseñor Romero, al hablar al pueblo y para el pueblo, también argumentaba, pues estaba convencido de que el pueblo y lo que llamamos la gente sencilla eran seres humanos dotados de razón¹³. No le daba miedo que la usasen, y más le preocupaba un pueblo infantilizado. Y que a través de lo religioso y fantasías espiritualistas también la Iglesia fuese instrumento de infantilización¹⁴.

8. En *Cartas Pastorales y Discursos de Monseñor Oscar A. Romero*, Cuadernos Monseñor Romero n.º 18, San Salvador, 2007, pp. 107-169.

9. Véase lo que escribí en *Monseñor Romero*, *op. cit.* pp. 143-146.

10. “La Iglesia y las organizaciones políticas populares”, Tercera Carta Pastoral, 6 de agosto de 1978. En *Cartas y Discursos de Monseñor Oscar A. Romero*, *op. cit.*, p. 76.

11. *Ibid.*

12. Son innumerables. “Esto es el imperio del infierno” (1 de julio, 1979), la denuncia. “Sobre este pueblo brillará la gloria del Señor” (7 de enero, 1979), la esperanza. “La gloria de Dios es el pobre que vive” (2 de febrero, 1980), la última verdad de Dios y la máxima delicadeza hacia el pobre. “En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: ¡cese la represión!” (23 de marzo, 1980), su última voluntad y exigencia.

13. Esto no suele ser muy tenido en cuenta en las campañas políticas ni muchas veces en la pastoral, ni en el trasfondo de actividades académicas. En las iglesias se sigue echando en falta.

14. Monseñor desmitificó una verdad religiosa petrificada, que provenía de costumbres centenarias. Podían ser beneméritas, pero no eran intocables. “Me da lástima pensar que hay gente que no evoluciona. Y recuerdan su colegio y quisieran un cristianismo estático como museo de conservación. No es para eso el cristianismo ni el evangelio” (21 de junio, 1979).

Por respeto a la “razón” del pueblo, más su propia convicción y sentido de responsabilidad, monseñor preparó muy a fondo, hasta altas horas de la noche, sus homilias dominicales. Lo hizo haciendo uso de estudios serios de teología bíblica, del Vaticano II, Medellín y Puebla, encíclicas de Juan XXIII y Pablo VI, de teología, también la de la liberación, y de la doctrina social de la Iglesia. No repetía palabras piadosas etéreas y comentarios bíblicos inofensivos, lo que ocurre, por ejemplo, cuando no se distinguen los géneros literarios de la Biblia, unos más cercanos a la historia de Jesús, otros a la fantasía. Y por lo que toca a la realidad del país, tanto en las homilias como sobre todo en las cartas pastorales, la exponía y explicaba con análisis rigurosos, tras consultas a economistas, sociólogos, analistas políticos, expertos en la religiosidad popular del momento, teólogos, abogados, miembros del Socorro Jurídico... Y arriesgaba, con paz, que, al educar al pueblo con razones, pudiese peligrar la tradicional obediencia a la jerarquía, al menos de palabra, y la deseada seguridad que puede proporcionar la religión.

En el fondo de todo, estaba su convicción de que los pobres “usan la razón”, de una manera suya, propia, aunque a veces desconcertante para quienes no somos pobres. Y sobre todo estaba convencido de que, en lo fundamental, los pobres “tienen razón”. Así lo pensó también Ellacuría, y sacó las consecuencias para la misión de la universidad. Esta “debe encarnarse entre los pobres intelectualmente para ser ciencia de los que no tienen voz, el respaldo intelectual de los que en su realidad misma tienen la verdad y la razón, aunque sea a modo de despojo, pero que no cuentan con las razones académicas que justifiquen y legitimen su verdad y su razón”¹⁵. La Iglesia –pienso que diría monseñor Romero– debe encarnarse entre los pobres cristiana, pastoral, litúrgicamente, con apoyo y misericordia. Y también razonadamente, para ser así el apoyo cristiano y

teológico de los bendecidos con la predilección de Dios, aunque no sean conscientes de ello y no cuenten con argumentos teológicos para legitimar esa verdad.

Monseñor usó la razón, y le pareció muy bien que el pueblo la usara. Hoy el peligro de devociones obsoletas, de infantilización, cuando no de integrismo, es real. Hay que respetar la inteligencia de todos, pero no hay que manipular la razón de los sencillos para mantener con vida una institución eclesiástica debilitada. Para ello bueno será recordar la actitud de monseñor Romero. Dijo la verdad cristiana “en la Iglesia”, pero no una verdad petrificada, que provenía de costumbres centenarias que pueden ser beneméritas, pero no intocables.

d) *Monseñor Romero, al decir la verdad sobre las víctimas, lo hizo con escrupulosidad y de forma entrañable.* En su tiempo, la represión era espeluznante en magnitud y en crueldad, lo que lo llevó a “decir la verdad” de una manera muy especial. Fue pionero, pienso, de algo que después ha sido aceptado con aprobación, y aun con entusiasmo, por los defensores de los derechos humanos. Me refiero a “la memoria histórica”, que exige el esfuerzo consciente de grupos humanos por entroncar con su pasado, valorándolo y tratándolo con especial respeto, sobre todo a las víctimas.

Solo quiero hacer una breve reflexión para hoy. Monseñor, en sus homilias, mencionó, *cuantitativamente, todos y cada uno de los nombres* de las víctimas de la semana, y las matanzas y masacres que habían ocurrido. En cuanto tenía noticia, mencionaba además quiénes fueron los victimarios, a qué cuerpo de seguridad o cuerpo militar o paramilitar pertenecían, las circunstancias precisas de lugar y tiempo. Mencionaba a los familiares de las víctimas, y lo que para él fue fundamental, en qué situación de penuria quedaban. Exigía

15. Discurso de graduación en la Universidad de Santa Clara”, *Carta a las Iglesias* 22 (1982) 14.

la reparación como obligación en justicia. Y condenó duramente la impunidad. Esto es lo que quiero decir con la “escrupulosidad” de monseñor Romero al decir la verdad sobre las víctimas.

Si se me permite el comentario, esta es la buena y necesaria “geometría” en la que pensaba Pascal cuando hablaba del *esprit de geometrie* como modo de conceptualizar la realidad con precisión. Pero monseñor Romero no solo cuantificaba y diagramaba escrupulosamente la realidad de las víctimas, sino que cualificaba y personalizaba cómo esa realidad le afectaba a él –y debería afectar a todos– en lo profundo. Hablaba de las víctimas *entrañablemente*. “Se me horrorizó el corazón cuando vi a la esposa con sus nueve niñitos pequeños, que venía a informarme. Según ella, lo encontraron [al esposo] con señales de tortura y muerte. Ahí está esa esposa con esos niños desamparados... Es necesario que tantos hogares que han quedado desamparados como este reciban la ayuda. El criminal que desampara un hogar tiene obligación en conciencia de ayudar a sostener ese hogar” (20 de noviembre, 1977). Era la delicadeza de monseñor. El *esprit de finesse* de que debe estar empapada toda memoria histórica.

Y también hizo memoria histórica al recordar lo bueno y a la gente buena. Sobre todo cuando hacía memoria de los mártires de la justicia, de cuánto había en el país de esperanza y de confianza en Dios. Había que recordar todo ello y ponerlo a producir.

La memoria histórica es fácilmente ignorada o interesadamente tergiversada. Hoy ha crecido y, contra viento y marea, la promueven varias organizaciones. Pero es importante que sea memoria, de un país, de todo un pueblo. Hay que mantener la memoria de los victimarios para llamarles a conversión y ofrecerles perdón una vez que haya sido establecida y declarada la verdad, y una vez practicada la justicia. Y hay que mantener la memoria de los mártires para hacer presente a Jesús y a lo mejor que ha

dado El Salvador, sin perderse en la casuística de si serán canonizados o no. Una memoria así humaniza el aire que respiramos.

e) *Monseñor Romero dijo la verdad con autoridad*. Mucho de lo que hemos dicho, su palabra pública y popular, el respeto a los pequeños, la delicadeza ante quienes sufren, más las denuncias que mencionaremos a continuación, hacen de monseñor un seguidor eximio de Jesús de Nazaret, también al “decir la verdad”. Ahora añadimos algo típico de Jesús, que el pueblo salvadoreño también percibió en el modo de hablar de monseñor.

Los sinópticos son unánimes al afirmar que “la gente quedaba asombrada de su doctrina porque [Jesús] les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como sus letrados” (Mt 8, 27; Mc 1, 22; Lc 4, 32). Pues bien, también monseñor dijo la verdad con autoridad. Esta no le venía, como tampoco a Jesús, de su origen: “¿De Nazaret, de Ciudad Barrios, puede salir cosa buena?”. Tampoco de la ciencia aprendida, aunque dedicó largos años al estudio. Ni de su condición de obispo, pues, como es sabido, muchos de sus hermanos en el episcopado no eran muy respetados.

La autoridad le venía de su autenticidad y convicción. Se expresaba en su honradez con lo real y su coherencia entre el decir y el hacer. Se desbordaba en la defensa de la justicia y el amor a la gente. Y superó la prueba definitiva con su entrega total. Así entiendo el embeleso del campesino al oír hablar a monseñor Romero. En medio de tantos mentirosos y palabrerros, “Monseñor dijo la verdad”. Y también su asombro, y el del pueblo en general. Monseñor triunfaba sobre los mentirosos y acallaba a los embaucadores. Se parecía a Jesús de Nazaret.

Hoy es de importancia capital, en la Iglesia y en la sociedad, aquí en El Salvador, en el mundo y en el Vaticano, que los líderes hablen “con autoridad”, vayan más allá de lo políticamente correcto, y también de lo eclesiástico y universitariamente correcto.

La conclusión de lo dicho hasta ahora es que “decir verdad” para monseñor fue poner en palabra pública, popular, participada y razonada la realidad doliente y esperanzada del pueblo en contra de la palabra callada, aburguesada, autosuficiente –despreciativa– e impuesta. Y fue un decir verdad con autenticidad como Jesús de Nazaret, en contra de la palabrería de los charlatanes y los sofismas de los letrados, causando asombro en contra del tedio, y sorpresa en contra de los que aceptan que “así son las cosas” y que nada se puede cambiar.

1.2. Liberación de la verdad oprimida

El arzobispo de Canterbury, el Dr. Rowan Williams, en la liturgia que celebraron los anglicanos en el XXX aniversario del martirio de monseñor, cuenta esta simpática anécdota. Cuando monseñor regresaba de Puebla en 1979, un funcionario del aeropuerto dijo: “Ahí va la verdad”. Y en la homilía del 18 de febrero de 1979, la primera después de regresar de Puebla, comentó: “La frase me llena de optimismo porque en mi valija no traigo contrabando ni traigo mentira, traigo la verdad”¹⁶. Las palabras son simpáticas, pero no ingenuas, como hemos visto al analizar sus características. Nos detenemos ahora en una dimensión fundamental de la *estructura* de su decir verdad: la lucha contra la mentira.

Empecemos con un recordatorio bíblico. Pablo denuncia solemnemente que los seres humanos no solo negamos la verdad, sino que la aprisionamos y la mantenemos cautiva. “La ira de Dios se revela contra toda clase de hombres impíos e injustos que *aprisionan la*

verdad” (Rom 1, 18). Y cuando esto ocurre, se produce un cataclismo. La realidad ya no se muestra como es, y religiosamente queda anulada su dimensión sacramental de remitir a Dios (v. 21s). En lenguaje más antropológico, “el corazón del hombre se entenebrece”, su mente ignorante queda a oscuras (v. 22), y los seres humanos se entregan a todos los vicios, se deshumanizan (v. 24-32). Hoy, aprisionar la verdad bien podría ser descrito como “encubrimiento”.

El encubrimiento suele ser, normalmente, la culminación de un proceso que suelo describir de la siguiente forma. En primer lugar,¹⁷ el ser humano depreda. Es el robo y la injusticia, sobre todo al nivel macroestructural de naciones, potencias, continentes; es la violación del séptimo mandamiento: no robar. Cuando es necesario para depredar y mantener lo depredado, el ser humano asesina. Son las masacres, guerras, torturas; es la violación del quinto mandamiento: no matar. Y para ocultar la violación de ambos mandamientos se intenta encubrir¹⁸ el robar y el matar, y las verdaderas razones para ello; es la violación del octavo mandamiento: no mentir.

Monseñor no conceptualizó el proceso de encubrimiento con estas palabras, pero sí venció sobre él, denunciando vigorosamente la violación de los tres mandamientos citados. Su “decir verdad” tomó la forma de liberación de la verdad aprisionada. Lo hizo a través de la denuncia profética.

Monseñor denunció la *riqueza*. “Yo denuncio, sobre todo, la absolutización de la

16. *Homilias IV*, 2007, 207.

17. En el Génesis, se menciona un origen transcendente del mal. Es la arrogancia, el intento de ser como Dios. Y en el Nuevo Testamento, se menciona un origen histórico: “La codicia es la raíz de todos los males” (1Tim 6, 10).

18. Además del encubrimiento de la verdad, los medios añaden el “desviar gravemente la atención” de lo que es importante y “descentrar” el interés por conocerlo. Entonces ocurre un encubrimiento más duradero y quizás más nocivo en épocas de normalidad. Así, un mundial, la boda o el entierro de una celebridad (y nada digamos de asuntos picarescos de personajes públicos) se convierten en realidades “comunicadas” a miles de millones, como si el hacerlo fuese lo normal, y una obligación de los medios, y como si estas cosas pudieran desplazar, por derecho “divino”, a otras “noticias”, que son la realidad más real.

riqueza, ese es el gran mal de El Salvador: la riqueza, la propiedad privada, como un absoluto intocable” (12 de agosto, 1979). Y acto seguido denunció que la riqueza producto de la depredación lleva, como por necesidad, a la represión: “¡Ay del que toque ese alambre de alta tensión! Se quema”.

Sus mayores denuncias fueron contra la *muerte injusta y cruel*. “No me cansaré de denunciar el atropello por capturas arbitrarias, por desaparecimientos, por torturas” (24 de junio, 1979). “Se sigue masacrando al sector organizado de nuestro pueblo solo por el hecho de salir ordenadamente a la calle para pedir justicia y libertad” (27 de enero, 1980). “La violencia, el asesinato, la tortura donde se quedan tantos muertos, el machetear y tirar al mar, el botar a la gente: esto es el imperio del infierno” (1 de julio, 1979).

Y tras las denuncias de estas aberraciones, denunció el *encubrimiento*. “Falta en nuestro ambiente la verdad”. (12 de abril, 1979). “Sobra quienes tienen su pluma pagada y su palabra vendida” (18 de febrero, 1979). “Están muy manipulados los medios de comunicación, muy manipulados” (18 de febrero, 1979). “Distorsionan la verdad” (21 de enero, 1979). “Estamos en un mundo de mentiras donde nadie cree ya en nada” (19 de marzo, 1979).

Decir la verdad para monseñor no fue, pues, una *pacífica* expresión de su honradez. No fue algo que simplemente *ocurrió*. Tampoco fue una *obviedad* al ser él sacerdote y obispo. Ni fue solo un *no mentir*. Fue una *lucha* por liberar la verdad oprimida.

En el fondo, fue una lucha contra el Maligno que es asesino y arrebató la vida; y que es mentiroso y lo oculta. Y por ese orden, como dice Juan 8, 44. Monseñor dijo la verdad con tanta profundidad para defender la vida y detener la muerte. “Nada

hay tan importante para la Iglesia como la vida humana. Sobre todo la persona de los pobres y oprimidos...Y esa sangre, la sangre, la muerte, están más allá de toda política. Toca el corazón mismo de Dios” (16 de marzo, 1980). Para monseñor, la verdad giró fundamentalmente alrededor de “la vida”, con “parcialidad hacia los pobres”, “el pueblo crucificado”. El encubrimiento y la mentira le pondrán sobre aviso de que ha habido, hay o habrá “muerte”, “asesinatos”.

1.3. Decir la verdad desde el sufrimiento del pobre

Para terminar este primer apartado, comencemos citando unas palabras de Theodor Adorno: “Para decir toda verdad hay que dejar hablar al sufrimiento”¹⁹. Dudo de que monseñor las conociera, pero las puso por obra al pie de la letra. Su voluntad de hacer hablar al sufrimiento del pueblo le permitió decir la verdad sobre las víctimas y, a partir de esa verdad fundamental, sobre los seres humanos y sobre Dios, sobre el pecado y la gracia, sobre la sociedad y la Iglesia.

La víspera de su asesinato, sereno y conmovido, explicó cómo preparaba la homilía del domingo. “Le pido al Señor durante la semana, mientras voy recogiendo el clamor del pueblo y el dolor de tanto crimen, la ignominia de tanta violencia, que me dé la palabra oportuna para consolar, para denunciar, para llamar al arrepentimiento, y aunque siga siendo una voz que clama en el desierto, sé que la Iglesia está haciendo el esfuerzo para cumplir con su misión” (23 de marzo, 1980).

Decir la verdad en contra de la mentira, desenmascarar la realidad oprimida, hablar desde el sufrimiento, hizo del monseñor “decidor de la verdad” un verdadero profeta. José Luis Sicre, experto en el Antiguo Testamento, nos dijo hace años en El Salvador que monseñor Romero había sido uno de los

19. *Negative Dialektik*, Frankfurt, 1994, p. 29.

siete u ocho profetas de la tradición bíblico-cristiana. Se le debe poner en la lista de Isaías, Jeremías, Miqueas, Amos, Oseas... No hay que esperar a otro profeta como monseñor, pero, en principio, hay que recordar la totalidad de su dimensión profética, no solo uno u otro aspecto, aunque no sería poco.

2. “Nos defendió a nosotros de pobres”

2.1. La intuición del campesino

El campesino siguió hablando y dijo esas lapidarias palabras. Pienso que, en lenguaje unificado, estaba queriendo decir dos cosas.

La primera es que, al decir verdad, monseñor Romero quería defender al pobre, y de hecho lo hacía. La segunda, ahora en mi lenguaje, es que el campesino comprendía a los “pobres” en totalidad, como los cercanos a la muerte, bien sea a la muerte lenta de los “carentes” producto de la opresión, y a la muerte violenta de las “víctimas”, producto de la represión. “El decir verdad” fue una forma importante de defender al pobre en su doble versión. Al menos, fue una forma de intentarlo y de desvivirse por ello.

No fue la única. Monseñor los defendió de muchas maneras. Promovió los servicios del Socorro Jurídico del Externado, abrió el seminario a los refugiados cuando huían de Chalatenango. Recogía los cadáveres que dejaba la represión, como si fuese tarea suya arzobispal *ex officio*: “a mí me toca ir recogiendo cadáveres” (19 de junio, 1977). Y promovió una pastoral, una teología y una solidaridad internacional en su favor –en este hondo sentido también estaba configurado por la teología de la liberación–. Y junto a la defensa de los pobres, y a través de ella,

practicó el ministerio de la consolación, como el Isaías a quien su Dios le decía: “Consuelen, consuelen a mi pueblo” (Is 40, 1).

Al comprender su responsabilidad como “defensa” de los pobres se anticipó –y después se mantuvo fiel– a Puebla. En efecto, Puebla define la opción por los pobres que hace el mismo Dios de esta manera: “Por el mero hecho de ser pobres, Dios toma su defensa y los ama” (n.1142). De esta forma precisa y profundiza Puebla la opción. “Tomar su defensa” no es simplemente “amar”. Es amar, sí, pero a quienes tienen adversarios que los empobrecen, oprimen y reprimen. Optar por los pobres es entonces *defenderlos* de sus victimarios.

Sin embargo, *ese plus* de amor que hay en “tomar la defensa” de los pobres no suele ser tenido muy en cuenta. Y la razón es clara. De esa forma se introduce en la opción por los pobres el situarse y tomar postura en contra de los empobrecedores, de los victimarios. Entonces surge el conflicto, y la Iglesia institución, pasado Medellín y Puebla, es reacia a meterse en él²⁰. Por ello, no suele precisar la dimensión de “defensa” que tiene la opción por los pobres. El campesino sí lo captó muy bien, y sacó la conclusión: “y por eso lo mataron”. A ello volveremos, pero antes quiero precisar dos cosas.

2.2. Monseñor fue abogado del pueblo en totalidad

La suya fue una “defensa” que va más allá de lo que convencionalmente se entiende por defender “un caso” en el ámbito de la ley. Fue “abogado” que trabajó con la noble esperanza de ganar “casos” concretos, por lo que buscó y tuvo en gran aprecio a un

20. Ni siquiera Aparecida, tan importante por muchos capítulos, también al hablar de la opción por los pobres, analiza con seriedad el conflicto en que vivió y murió Jesús y los mártires latinoamericanos de nuestro tiempo. Así lo reconoce J. Comblin. Dice que el conflicto es el hilo conductor del Evangelio, y que sin tenerlo en cuenta la cristología se aburguesa, y también la eclesiología. *Cfr.* “El proyecto de Aparecida”, *RLT* 72 (2007) 280s. Afortunadamente, hay excepciones. Monseñor Gonzalo López Maraño, antiguo obispo de Sucumbíos, Ecuador, ha estado en huelga de hambre desde el 24 de mayo hasta el 1 de junio.

equipo de asesores jurídicos y abogados para ayudar a los necesitados y poder denunciar el sistema de administración de justicia. Pero su horizonte no fue simplemente “ganar un caso”, sino que “triunfara la verdad”. Desde aquí se comprenden muchas de las verdades que dijo para defender al pueblo. Con frecuencia eran verdades que tocaban las estructuras de la sociedad. Una fue su célebre denuncia de la Corte Suprema de Justicia:

¿Qué hace la Corte Suprema de Justicia? ¿Dónde está el papel transcendental en una democracia de este poder que debía estar por encima de todos los poderes y reclamar justicia a todo aquel que la atropella? Yo creo que gran parte del malestar de nuestra patria tiene allí su clave principal, en el presidente y en todos los colaboradores de la Corte Suprema de Justicia, que con más entereza deberían exigir a las cámaras, a los juzgados, a los jueces, a todos los administradores de esta palabra sacrosanta, *la justicia*, que de verdad sean *agentes de justicia* (30 de abril, 1978).

Y por ser abogado “de los pobres” tuvo palabras durísimas contra grupos sociales, oligarcas, militares, cuerpos de seguridad, escuadrones de la muerte. Especialmente valientes fueron sus palabras contra el presidente Romero, el exmayor Roberto D’Abuisson. Y, educadamente apelando a su cristianismo, contra el presidente de Estados Unidos Jimmy Carter.

La verdad está a favor de los pobres, quienes muchas veces es lo único que tienen en su favor. Por eso monseñor quería que ganase la verdad, que no quedase empujada, cuando no pervertida, solo en leyes y normas, por justas y necesarias que sean, sino –si se me permite la metáfora– que la verdad *empapase* la realidad del país. En la realidad –árida y sin agua de vida–, con la verdad puede crecer lo humano.

2.3. Monseñor Romero defendió y propició “toda la verdad”

Con ese lenguaje tomado de la administración de justicia, queremos decir que monseñor buscó defender al pobre de *todos* los males e injusticias a las que era sometido. En otras palabras, aunque apreció mucho e hizo uso de comités de derechos humanos, no puso solamente en ellos la defensa de la verdad ni la responsabilidad de defender a las víctimas.

Pensando en la UCA, en donde estamos, monseñor Romero hubiese insistido en decir “todas las verdades” y superar “todos los males” que afligen a los pobres. En su tiempo, lo más macabro fue la represión cruel. Pero también entonces, y ciertamente ahora, es macabro el espectáculo del hambre, el tener que abandonar masivamente el país, la indignidad a que se somete a la mujer, la corrupción, la impunidad con que actúan los opresores, el narcotráfico, secuestros...

No sé qué haría hoy monseñor, pero pienso que intentaría abordar todos esos temas con la profundidad, magnitud y frecuencia con que en sus cartas pastorales abordó en su tiempo la injusticia y la violencia, la organización del pueblo, su conciencia política, el diálogo... Promovería la teología adecuada para condenar claramente la idolatría; y hoy, para superar la trivialidad que está permeando lo religioso y, ciertamente, para mantener un cristianismo liberador siguiendo a Jesús. Enfrentaría, él junto con su clero, la violencia, las maras, la juventud que no sabe a dónde ir, el machismo.

Pensando en el festival verdad, me han hecho caer en la cuenta de que este año lo organiza la UCA, es decir, la universidad como tal, no el IDHUCA, aunque su papel sea insustituible. En ese pequeño cambio, hay algo simbólico que me parece importante

subrayar. Universidad, *universitas*, significa conjunto diverso y múltiple de saberes, conocimientos y tareas. Por ello pienso que sería un error delegar en el IDHUCA la defensa de los derechos humanos, y del derecho a la vida en general, como si las demás unidades de la UCA, las de proyección social y las académicas, no tuviesen responsabilidad ante esos problemas y pudieran desentenderse de ellos. Por el contrario, la UCA como un todo y todas sus unidades deben hacerse cargo, encargarse de y cargar con las víctimas en todas sus formas. Lo harán de manera y con instrumental diferente, y de acuerdo a las diversas disciplinas y plataformas de proyección social. Lo que no pueden hacer es evadirse de esa responsabilidad.

Concentrándonos en la academia, las ciencias de la economía y de la administración de recursos, ciertamente, deben defender el *oikos*, el hogar, la unidad primaria de vida. En palabras sencillas: deben combatir el hambre, y más cuando es producto de un determinado sistema de producción de riqueza, que, trágica e irónicamente, genera pobreza para muchos. Lo mismo hay que decir de las ingenierías, su capacidad de producir espacios vivibles y humanos. Las psicologías, promoviendo la salud mental y social. La medicina, la salud corporal integral. La sociología, cómo comportarse para que haya vida en una sociedad dividida, de opresores y oprimidos. La política, cómo hacer del poder algo humanizador. La historia, cómo leerla de modo que se recuerde y defienda a las víctimas más que a sus verdugos, y apuntar a nuevos caminos más humanos desde la experiencia acumulada. La filosofía, cómo pensar a este mundo para que sea humano. La teología, cómo pensar a Dios y a su Cristo en favor de la vida de los pobres...

Indudablemente, lo que acabamos de decir hay que fundamentarlo y explicarlo con mayor precisión, y hay que profundizar en las tareas

de la proyección social. Pero quizás baste para preguntarnos si –y de qué modo– la UCA, como *universitas*, e instituciones semejantes dicen la verdad en todos estos ámbitos de realidad, defienden y promueven la vida de los pobres y sus derechos humanos. Preguntarnos si la UCA hace universitariamente lo que monseñor Romero hizo pastoralmente, si cumple con “sus obligaciones”, que son correlativas a y exigidas por “los derechos de los pobres y las víctimas”.

3. “Y por eso lo mataron”

Así terminó el campesino, con toda naturalidad, sin comentarios, como si no dijese nada espectacular. Y en verdad, el asesinato de monseñor Romero no necesita explicación. “Las tinieblas odian la luz”, dice el evangelio de Juan. Y monseñor dijo: “Se mata a quien estorba”. Es la tragedia de este mundo: da muerte al que dice la verdad y defiende a las víctimas. Pero recordar que monseñor no murió en paz, sino asesinado ayuda a conocerlo en profundidad.

Ahora, una vez recordado su paso por este mundo y su final, podemos hacer una breve semblanza suya. Con eso terminamos. Y esperamos que el monseñor “decidor de la verdad y defensor del pobre” ilumine y anime a todos los que quieren dedicarse a esas tareas²¹. Aunque suene extraño, podemos decir de monseñor que fue un gran *profesional*. Veamos de qué modo.

Tuvo una *profesión* en la doble acepción del término: ejercer una ciencia, arte u oficio, y hacerlo con una inclinación voluntaria y duradera. Pues bien, el “oficio” de monseñor fue cuidar a empobrecidos y víctimas, y defenderlos de opresores y victimarios. Su “instrumental” fue el conjunto de conocimientos bíblicos y teológicos; su actividad pastoral y ministerial, las organizaciones de la arquidiócesis. Este “instrumental” lo capacitó

21. Lo fundamental de estas reflexiones las desarrollé hace años cuando la UCA concedió un doctorado *honoris causa* en Derechos Humanos a Julian Filoschoski.

para llevar a cabo su “oficio” con eficacia, sin caer en burocracias, y menos en la frialdad y el interés egoísta que puede y suele acompañar el ejercicio de la profesión. Al contrario, monseñor llevó a cabo su oficio con *devoción*, es decir: con *veneración* ante pobres y víctimas, y con *fervor* en la entrega. *Es la profesión como devoción.*

Su defensa de pobres y víctimas fue respuesta a la pregunta que a todos nos hacen, a la vez, ellos y Dios: “*Where you there when they crucified my Lord?*”, cantaban los esclavos negros en el sur de Estados Unidos. “¿Estaban ustedes allí cuando crucificaron a mi Señor, allí donde hoy crucifican a los pueblos?”. La profesión surge entonces como *respuesta* a una pregunta que no puede ser desoída. Y es también *obediencia* a una autoridad que es inapelable: “la autoridad de los que sufren”.

En la defensa de pobres y víctimas no se obedece en definitiva a una ley universal, ni se trata de cumplir con la Carta Magna de las Naciones Unidas. Ni siquiera con la doctrina social de la Iglesia. Bueno es todo ello, pero la defensa de las víctimas vive de otra savia: escuchar sus clamores, interiorizarlos y dejarse afectar por ellos, de modo que no nos dejen en paz, sino que tengamos que reaccionar, vivir y desvivirnos por las víctimas. Es el ejercicio de la misericordia, afectiva y efectiva, consecuente hasta el final, que puede llevar a entregar la vida en el empeño, lenta o martirialmente. Es la respuesta creativa a las preguntas de los dos Ignacios, Loyola y Ellacuría: “¿Qué vamos a hacer para bajarlos de la cruz?”. *Es la profesión como vocación.*

Esta profesión exige *lucidez profética*, lo que es evidente. Monseñor cultivó esa lucidez ante todo, mirando y contemplando a Jesús de Nazaret, y bajo la inspiración de otros profetas, algunos más de oídas, como don Helder Camara, Leonidas Proaño, don Pablo Evaristo Arns, y otros más cercanos, como Rutilio Grande. Y ejerció la profecía no solo contra las idolatrías de afuera, sino también

contra los males que se pueden generar en el ejercicio mismo de la defensa de los derechos humanos. Ellacuría lo denunció programáticamente. “El problema de los derechos humanos es un problema no solo complejo, sino ambiguo pues... propende a ser utilizado ideológicamente al servicio no del hombre y de sus derechos, sino de los intereses de unos u otros grupos”. Esto no debiera extrañar a *priori*, pues la *hybris* puede estropear cualquier cosa que hacemos los humanos. Y a *posteriori* lo demuestra la experiencia. En el primer mundo, se pueden defender, promover o tolerar, más o menos según los casos, los derechos individuales, políticos y civiles, pero no se suele anteponer a estos derechos los derechos más primigenios de las mayorías, de los pueblos pobres, y el derecho suyo fundamental a lo básico de la vida y de su dignidad. Con frecuencia, Occidente los viola. Otro ejemplo: en la Iglesia se pueden defender, muchas veces con honradez y eficacia, los derechos de las víctimas de afuera, pero no se respetan los derechos de mujeres y laicos dentro de ella –y a veces por falta de libertad, lo cual es otro derecho considerado fundamental–. Monseñor procuró hacerlo. *Es la profesión como quehacer profético, hacia fuera y hacia adentro.*

Por último, la *utopía*. Es experiencia acumulada que quien defiende a las víctimas no solo da, sino que recibe. No es una verdad necesariamente filosófica, pero sí es una verdad cristiana, que de lo débil y pequeño proviene salvación. Y la historia lo confirma: muchos han venido a salvar a estos pueblos crucificados y se han sentido salvados por ellos, han venido a defenderlos del egoísmo de otros –los opresores– y han encontrado en las víctimas una defensa contra su propio egoísmo. Monseñor Romero lo vio con claridad y agradeció al pueblo los bienes que le concedió. “El pueblo es mi profeta, mi maestro”. “Con él no cuesta ser buen pastor”.

Al defender y dar vida a los pobres y las víctimas, ellos nos dan vida y nos defienden, a niveles menos visibles, pero más profundos:

nos defienden de la deshumanización. Y cuando esto ocurre, cuando los seres humanos nos llevamos mutuamente, cuando los pequeños aportan algo decisivo a la salvación de todos, entonces “el mundo llega a ser un hogar”. *Es la profesión como quehacer utópico.*

4. “Yo no soy más que el humilde resonar de Dios en este pueblo”

En estos días del aniversario de monseñor Romero, suele salir a colación su “canonización”. Sobre ello quiero decir una palabra para poner un sello a su semblanza, advirtiendo de antemano que, institucionalmente, es “fácil” canonizar a quien ayuda a pobres y víctimas, pero es “difícil” canonizar a quien los defiende, pues entonces a la Iglesia institución le afectará el conflicto en el que vivió el futuro santo. Volviendo a monseñor Romero, muchos ya lo han canonizado.

Lo hizo el campesino, y las palabras con que hemos comenzado esta ponencia son el acta de canonización.

El 9 de julio de 1998, en la fachada de la catedral anglicana de Westminster, Londres, fueron colocadas diez imágenes de mártires cristianos del siglo XX. Y en el centro están, juntos, monseñor Romero y Martin Luther King. Ambos hicieron lo que dijo nuestro campesino.

Este año, el Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas ha declarado el 24 de marzo el Día Internacional para el Derecho a la Verdad en relación con Violaciones Graves

de los Derechos Humanos y para la Dignidad de las Víctimas.

Y la canonización más importante es la que nos pide don Pedro Casaldáliga: “Nuestra coherencia será la mejor canonización de ‘San Romero de América, Pastor y Mártir’”.

También, Ignacio Ellacuría lo canonizó con estas conocidas palabras: “Con monseñor Romero, Dios pasó por El Salvador”. Pero no hay que trivializarlas como si, oídas una vez, todo quedara claro.

Al concluir esta ponencia, podemos decir: “Con las palabras de monseñor Romero, la palabra de Dios pasó por El Salvador”. La Escritura dice que “la palabra de Dios es viva y eficaz y más cortante que espada de dos filos; penetra hasta la separación de alma y espíritu” (Hebr 4, 12). Y así fue el hablar de monseñor. Los opresores parecían estar blindados ante esa palabra. Pero nadie de buena voluntad podía autoengañarse ante ella. Y nadie entre los humanos, ciertamente no entre los pobres, al oírla pudo dejar de sentir gozo y el consuelo de Dios.

Con asombro, y con la decisión a mantener su palabra de verdad, citamos a monseñor para saber cómo la comprendió él. Dándole la razón a Ellacuría, esto es lo que dijo en la homilía del 2 de octubre de 1977:

“Hermanos, guarden este tesoro.
No es mi pobre palabra la que siembra
esperanza y fe.
Es que yo no soy más que
el humilde resonar de Dios en este pueblo”.